

# El problema de España en el pensamiento de Ortega y Azaña hasta 1914

AMABLE FERNÁNDEZ SANZ  
*Universidad Complutense de Madrid*

LA situación en la que se educan y cuya problemática viven, tanto Ortega como Azaña, viene determinada por la Restauración borbónica en 1875, en un intento de Cánovas por preservar la unidad nacional y vertebrar una España que encontraba sumida en la decadencia. No olvidemos que Cánovas a su faceta de político unía la de historiador<sup>1</sup> y ya en 1854 había escrito una *Historia de la decadencia de España desde el advenimiento de Felipe II al trono hasta la muerte de Carlos II*, obra modificada y aumentada en 1868 y nuevamente en 1888, por sus investigaciones en los archivos de Simancas y en la Real Academia de Historia. En consonancia con su pensamiento, sobre el origen y las causas de esta decadencia, Cánovas, va a elegir como única vía posible de recuperación el enlace con la verdadera tradición histórica española, como ancla sólida que aúne la que él percibía como conflictiva sociedad española del momento. Y ello le lleva también a defender y centrar la realidad política en torno a una idea de nacionalismo centralizado que -y esto fue su cáncer- se basó en un sistema de control oligárquico-caciquil que se sustentaba, como nos describe Joaquín Costa, en tres raíces principales: los oligarcas (el grupo de poderosos que se apoyan entre sí para perpetuarse, morando generalmente en la capital), los caciques (con distintos grados de poder, esparcidos por todo el territorio), y el gobernador civil (que sirve de enlace entre los grupos anteriores). A esto, afirma, “se reduce fundamentalmente todo el artificio bajo cuya pesadumbre gime rendida y postrada la nación”<sup>2</sup>; y este entramado caciquista será, a la postre, el que terminaría por corromper todas las bases administrativas, sociales y políticas que conformaban el cuerpo español, y será la causa que impele a concluir a Costa -de cuya fuente van a beber Ortega y Azaña- que “mientras no nos sanemos de esa dolencia, más grave que la miseria y la incultura(...), no seremos, ni con monarquía ni con república, una nación libre, digna de llamarse europea; seremos, menos que una tribu, un conglomerado de

---

<sup>1</sup> Cf. YLLÁN CALDERÓN, E.: *Cánovas del Castillo, entre la historia y la política*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1985. También, FERNÁNDEZ ALMAGRO, M.: *Cánovas. Su vida y su política*, Madrid, Tebas, (2.ª edición), 1972.

<sup>2</sup> COSTA J.: *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*, Madrid, Ed. de la Revista de Trabajo, 1975, p. 19.

siervos”<sup>3</sup>. Es necesaria, pues, una tarea de liberación y purificación de este sistema corrupto. Misión a la que, en esta primera etapa de su pensamiento que estudiamos aquí, se van a entregar con entera pasión Ortega y Azaña.

También debe significarse, como contextualización de este período, que la Restauración canovista es a nivel europeo el momento histórico del auge de los nacionalismos que se constituye en valor colectivo ampliamente admitido por los diversos grupos sociales de cada nación; en España, sin embargo, parece que la tendencia es al revés; mientras el discurso nacionalista es utilizado constantemente desde el poder, tanto por el turno liberal como por el conservador, con leves matices diferenciales, las regiones y los grupos sociales se van desentendiendo, fundamentalmente las clases más populares, produciéndose lo que Costa llamaba el fenómeno de la “desnacionalización”. El “desastre del 98”, con la pérdida de las últimas colonias, asienta el golpe definitivo en lo más profundo del artificio de la Restauración canovista y provoca -junto a otros factores propios de la “crisis de fin de siglo”- el derrumbe del sistema de valores imperante. No debe olvidarse que Restauración y colonialismo fueron de la mano. Además hubo muchas proclamas triunfalistas que avivaron, incluso, la fe de victoria en buena parte del pueblo español. Pero todo lo que quedó fue frustración, que se intentó liberar cargándose las culpas unos a otros. Pérdida de fe en las clases dirigentes, en los ideales tradicionales de la nación y, en definitiva, en España misma. Parece que no hay nada en que apoyarse y sustentarse, produciéndose una creciente crisis de legitimidad, y las formas de consenso van a ir dejando paso a los sistemas de fuerza, o como afirma Carlos Serrano, a un resurgir del militarismo<sup>4</sup>.

Esta situación reactivó la preocupación por la decadencia española -tema que desde el siglo XVII siempre había estado de un modo o de otro presente- en la mayoría de nuestros intelectuales, a la búsqueda de una nueva identidad que regenerara a España. De la gama de tendencias “de fin de siglo”, dos movimientos destacan por su insistencia en esa búsqueda; por un lado, los regeneracionistas, que ya habían surgido en años anteriores, pero que alcanzan ahora su punto álgido; por otro, la llamada “generación del 98” (denominación actualmente muy cuestionada en favor del modernismo). Ambos van a ofrecer dos caras, dos perspectivas, de un mismo problema: España. Una -la de los regeneracionistas- más impregnada de una mentalidad positiva, muy extendida en la época<sup>5</sup>, que les lleva a utilizar una metodología cientifista y pragmática, a la que unen algunos componentes de retórica y política y abundantes dosis de voluntarismo; la otra -la generación del 98- con la atalaya de unas reflexiones culturales e históricas, de matiz espiritual y ético, y con una conciencia desgarrada de la decadencia que les lleva con frecuencia al ensimismamiento. Ambas, sin embargo, van a confluir en la crítica como necesidad patriótica y en la búsqueda de una identidad

---

<sup>3</sup> *Ibíd.*, pp. 56-57.

<sup>4</sup> SERRANO, C.: “Crisis e ideología en la Restauración”, en VV.AA.: *España entre dos siglos(1875-1931). Continuidad y Cambio*. (Edición de J.L. García Delgado), Madrid, Siglo XXI, p. 184.

<sup>5</sup> NÚÑEZ, D.: *La mentalidad positiva en España: desarrollo y crisis*, Madrid, Túcar Ediciones, 1975, pp. 12-14.

colectiva regeneradora, dejando también, en ambos casos, tras de sí, una estela de pesimismo y de problema sin resolver. Esta sensación de pesimismo, que palpan en el ambiente e interiorizan los jóvenes Azaña y Ortega, nos la describe muy bien, el propio Azaña, en un artículo de 1911, “Vistazo a la obra de una juventud”, cuando escribe: “Éramos tan pobres, moralmente, y estábamos tan tristes allá por los días que siguieron a 1898, que hasta la gente moza, innovadora y audaz se inoculó el virus pernicioso del desengaño. Nadie creyó en la posibilidad de un resurgimiento. Pérdida de esperanza alentadora, nadie trabajó, aunque otra cosa pareciera, en una obra que se tuvo por quimérica. Nos vestimos de luto e hicimos del dolor un pedestal”<sup>6</sup>.

## 1. España es el problema

Éste era, pues, el principal centro de interés y la mayor preocupación que flotaba en el ambiente de nuestros intelectuales, cuando Ortega (1883-1955) y Azaña (1880-1940) estaban llegando entre 1910 y 1914 a la vida pública española y comenzaban a ser conocidos en el ámbito intelectual. Ortega había empezado ya, en 1902, a escribir algunos artículos en periódicos y comenzaba a gozar de cierto prestigio intelectual. El 23 de Marzo de 1914 da una conferencia de gran significación para el tema que nos ocupa: *Vieja y Nueva política* y este mismo año escribe su primer libro: *Meditaciones del Quijote*. Es la etapa en que predomina un cierto objetivismo en el pensamiento de Ortega, que paulatinamente va dejando paso al perspectivismo.

Azaña, en 1911, imparte una conferencia en la Casa del Pueblo de Alcalá de Henares con un título que no era nada original: *El problema español*, pero que refleja desde luego cuál era entonces su primario centro de interés y que, en años posteriores, va a seguir siendo tema relevante de su pensamiento. Así, además de sus obras puramente literarias, va a ofrecernos, por ejemplo, sus reflexiones, duramente críticas<sup>7</sup>, sobre el *Idearium* de Ganivet, donde reclama la necesidad de que resurja la raíz liberal que también está presente en la nación española aunque arrinconada por el peso conservador; su ensayo sobre los hombres del 98, a los que achaca el haberse quedado en un criticismo meramente literario<sup>8</sup>; sus meditaciones sobre la significación

---

<sup>6</sup> AZAÑA, M.: “Vistazo a la obra de una juventud”, (25-IX-1911, *La Correspondencia de España*), en *Obras Completas*, Vol. I, Madrid, Ediciones Giner, 1990, pp. 83-84.

<sup>7</sup> “El *Idearium* pertenece al género de escritos que me permitiré llamar *licenciosos*, en cuanto se sustraen al rigor de los datos objetivos del problema planteado y epilogan sobre su materia tomándose libertades sólo admisibles, legítimas, respecto de un tema de pura invención personal. El autor entra en los problemas como quiere y cuando quiere, y sale lo mismo”.

(Manuel AZAÑA, *El “Idearium” de Ganivet*, en *Obras Completas*, Vol. I, Madrid, Ediciones Giner, 1990, p. 617).

<sup>8</sup> “La generación del 98 se liberó, es lo normal, aplicándose a trabajar en el menester a que su vocación la destinaba. Innovó, transformó los valores literarios. Esa es su obra. Todo lo demás está lo mismo que ella se lo encontró. Su posición crítica, que no tenía mucha consistencia, no ha prosperado... En el orden político lo equivalente a la generación literaria del 98, está por empezar”.

(*¡Todavía el 98!*, en O.C., Vol. I, edic. cit. p. 557.)

del Quijote<sup>9</sup> o sus estudios de política francesa<sup>10</sup>, con abundantes derivaciones para el caso español, y otros ensayos y multitud de artículos en periódicos y revistas de la época que van a tener como eje vertebrador su preocupación por España y los problemas del Estado. Está, pues, en consonancia con la época y con el mismo Ortega cuando en 1910, en una conferencia en Bilbao, afirmaba: “el español que pretenda huir de las preocupaciones nacionales será hecho prisionero de ellas diez veces al día y acabará por comprender que para un hombre nacido entre Bidasoa y Gibraltar es España el problema primero”<sup>11</sup>.

En *Vieja y Nueva Política* presenta<sup>12</sup>, Ortega, “La Liga de Educación Política Española” entre cuyos miembros más destacados están Manuel Azaña, Américo Castro, García Morente, Salvador de Madariaga, Maeztu, Antonio Machado, Ramón Pérez de Ayala, Pedro Salinas y el mismo Ortega; en total, según refiere Julián Marías<sup>13</sup>, son noventa y nueve miembros los que inicialmente la conforman. Todos tienen en común una actitud de ruptura con la España oficial, con la España de la Restauración, y la búsqueda de una nueva identidad colectiva que saque a España de su estado decadente; posteriormente cada uno va dando relevancia y centrando más su interés en algún ámbito concreto de la “circunstancia española”. En 1914, afirmaba Ortega: “Yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo”<sup>14</sup>, con lo que definía no sólo su postura sino también la de Azaña y la de otros integrantes de la llamada, sin mucho éxito, “generación del 14”.

España va ser la circunstancia que se impone salvar y tanto en Ortega como en Azaña esto se hace patente desde sus primeros escritos. Los dos están imbuidos por una sentida misión que se les presenta inevitable por la coyuntura de unas circunstancias históricas y por sus propias cualidades y aspiraciones. En su primera etapa, objetivo esencial de nuestro análisis, es donde confluyen más sus puntos de vista. Ello no obsta para que ya se perciban ciertos matices diferenciadores que poco a poco van a ir separándolos. Ya de entrada hay que dejar constancia que en Ortega, al igual que en Unamuno, adquiere gran relevancia el yo. Ortega y Unamuno, a pesar de sus diferencias radicales y sus disputas, se colocan a sí mismos como protagonistas de

<sup>9</sup> *Cervantes y la invención del “Quijote”*, en O.C. Vol. I, ed. cit., pp. 1097-1114.

<sup>10</sup> *Estudios de Política Francesa*, en O.C., Vol. I, pp. 257-423.

<sup>11</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: “La pedagogía social como problema político”, en *Obras Completas*, Vol. I, Madrid, Alianza Editorial, 1983, p. 507.

<sup>12</sup> En realidad el Manifiesto de la “Liga”, que se encuentra como apéndice en la edición de este discurso (“Vieja y Nueva Política”), ya había sido publicado por Ortega en octubre de 1913. Según constata, Juan Marichal, además de Ortega, estaba suscrito por los siguientes: Manuel Azaña, Gabriel Cancedó, Fernando de los Ríos, el Marqués de Palomares del Duero, Leopoldo Palacios, Manuel García Morente, C. Bernaldo de Quirós y Agustín Viñuales.

(“Introducción” a M. AZAÑA: *Obras Completas*, Vol. I, Madrid, Ediciones Giner, 1990, p. LXIX).

<sup>13</sup> MARIAS, J.: *España ante su historia y ante sí misma (1898-1936)*, Madrid, Col. Austral, Espasa-Calpe, 1996, p. 54-55.

<sup>14</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: *Meditaciones del Quijote*, en *OBRAS COMPLETAS*, Vol. I, Alianza, Madrid, 1983, p. 322.

su pensamiento<sup>15</sup>. Ortega, a su pesar, se desliza por un camino en el que acaba por situarse a sí mismo en relación con la circunstancia española o lo que es lo mismo en protagonista de esa circunstancia. En Azaña es, más bien, la circunstancia la que se relaciona con su yo y acaba conformándolo. Esto delimita la perspectiva de Ortega sobre la nación española de la cual, él, se hace intérprete. Azaña, a nuestro entender, se coloca más como sujeto social, como “animal político”; por eso más que interpretar trata de transformar; su pensamiento es fundamentalmente un instrumento de acción, pero esencialmente no es de acción teórica, que también lo es en Ortega, sino de acción práctica y la política será el medio principal de esta acción. Político e intelectual serían, pues, los términos difícilmente inseparables en que se acota la actividad de Azaña. Sin embargo, para Ortega, la política no fue nunca su finalidad principal y si durante cierto tiempo participó y mostró bastante interés, poco a poco va a ir relegándola a una actividad marginal. No en vano, el propio Azaña, como afirma el profesor Juan Marichal, terminará por recriminar a Ortega “su poca consistencia al retirarse finalmente de la política concreta”<sup>16</sup>.

## **2. La España vital frente a la España oficial: “Muerte a la Restauración”**

A pesar de la diferencia genérica señalada, tanto el pensamiento de Ortega como el de Azaña puede ser definido, al menos en esta primera etapa, como una didáctica vital que trata de entender la vida española, vigilarla y ponerle remedio. Es una actitud moralista que aconseja a los españoles salir del tradicionalismo oscuro, del anquilosamiento, a la búsqueda de una nueva vida que se sea expansiva y no restringida. Por ello, a pesar del pesimismo que les rodea y del que ellos mismos están imbuidos, su apuesta no es la “vida trágica” de Unamuno sino el entusiasmo y el optimismo vital. Por ello se encaminan a derribar los obstáculos que lo impiden; el primero de ellos será acabar con la “vieja política” que viene representada por la Restauración. Muerte, pues, a esta política moribunda, va a concluir Ortega: “en estos años, en estos meses concluye la Restauración la liquidación de su ajuar; y si se obstina en no morir definitivamente, yo os diría a vosotros -de quienes tengo derecho a suponer exigencias de reflexión y conciencia elevadamente culta-, yo os diría que nuestra bandera tendría que ser ésta: “la muerte de la Restauración”: “Hay que matar bien a los muertos”<sup>17</sup>. La Restauración, según Ortega, había anclado la política en la más rancia tradición, desconectándose de la realidad española; había desintegrado los partidos y apartado a los jóvenes de la política; pero, además de todo esto, y como más característico, Ortega, añade que la Restauración fue “la corrupción organizada, y el

---

<sup>15</sup> NICOL, E.: *El problema de la filosofía hispánica*, Madrid, Tecnos, 1961, p. 131.

<sup>16</sup> MARICHAL, J.: “Introducción” a Manuel AZAÑA, *Obras Completas*, Vol. I. ed. cit. p. LXIX.

<sup>17</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: “Vieja y Nueva política”, *O.C.* Vol. I, p. 279.

turno de partidos, como manivela de ese sistema de corrupción. (...) Y como más pernicioso, como raíz y origen de todo lo dicho, el fomento de la incompetencia”<sup>18</sup>”.

De igual modo reaccionaba Azaña cuando, en *El problema español*, describe la vieja política de la Restauración como “incierto, blanducha, de tanteo, de concesiones cobardes, de transigencias absurdas, con raptos de furor y acometidas frenéticas de toro bravo”<sup>19</sup>. Esta política ha llevado a una desorientación nacional, donde nadie sabe lo que tiene que hacer y nadie se ve obligado a cumplir con su deber, porque tampoco se ve posible que sus derechos se respeten. El parlamento mismo, que debía ser una garantía de estos derechos, se había convertido, según Azaña, en un “escenario de la vanidad y de la nulidad, de la impotencia y la mojiganga; una costra que encubre una llaga; un lugar donde se dicen frases pomposas, que nadie cree; donde se ejercita la función soberana de disponer de vidas y haciendas, a espaldas de un pueblo ausente y olvidadizo”<sup>20</sup>. En cuanto a los partidos políticos del momento considera que no son de “base”, sino de “cuadros” y su representación no va más allá de su propio interés. Unas cuantas familias instaladas en el poder que utilizan demagógicamente palabras como patria, justicia y libertad para seguir perpetuando su dominio indefinidamente. Y esto ha sido posible, según Azaña, porque esas llamadas clases directoras, no satisfechas con su actual usurpación, “han tratado de conservarla siempre para mañana y han matado todo impulso generoso sembrando el escepticismo y la desconfianza en el corazón del pueblo”<sup>21</sup>.

La salida de este túnel sólo es posible mediante la apuesta por la España vital; una España renovada que no malgaste sus energías vitales en proyectos acabados y caducos más propios del “antiguo régimen”, sino canalizando estas energías hacia la consecución de una meta básica: la libertad. Pues, para Azaña, -y en ello hace más hincapié que Ortega- el renacer de España sólo es viable desde el despertar del pueblo a la libertad y ésta reclama, como condición de su existir, la democracia. Por ello, Azaña, va a apelar insistentemente a nuestra condición de españoles, al verdadero sentimiento patriótico que debe sacudirnos de la rutina, la pereza y el conformismo en que estamos sumidos, o es que, se pregunta, “¿vamos a consentir siempre que la púrpura cuelgue de hombros infames? ¿vamos a consentir que la inmensa mayoría de los vividores, de los advenedizos manchados de cieno usurpe la representación de un pueblo y lo destruya para saciar su codicia?”<sup>22</sup>. Este sentimiento de indignación que, según Azaña, ya comienza a percibirse en la mayoría de los españoles, da pie para abrigar la esperanza de que el cambio ya está próximo, y el programa básico que propone Azaña para esta nueva España de libertad puede resumirse en el lema “patria y trabajo”<sup>23</sup>.

---

<sup>18</sup> *Ibíd.*, p. 283.

<sup>19</sup> AZAÑA, M.: *El problema español*, Madrid, Col. Crisol, Serie Especial, N.º 053, Aguilar, 1990, p. 58.

<sup>20</sup> *Ibíd.*, p. 62.

<sup>21</sup> *Ibíd.*, p. 63-64.

<sup>22</sup> *Ibíd.*, p. 94-95.

<sup>23</sup> *Ibíd.*, p. 93.

Para Ortega la solución meramente política no es suficiente si no va acompañada de un aumento de la vitalidad nacional. Por eso la nueva política que él propone como sustitutiva de la vieja política, encarnada por la Restauración, debe de tener como fin principal “el aumento del pulso vital de España”<sup>24</sup> que se haya exánime y de la que sólo le restan “unos hilillos de vitalidad histórica”. Por eso, Ortega, hará la llamada para revitalizar España no a los políticos profesionales, sino principalmente a las nuevas generaciones y a todos los que sientan y estén dispuestos a asumir la necesaria renovación, trabajando para construir “un nuevo edificio de ideas y pasiones políticas”<sup>25</sup>. Así, con su “Liga de Educación Política Española” va a pretender distanciarse de los partidos políticos existentes, cuyo fin se reducía al acto de gobernar y a la táctica para acceder y perpetuarse en el gobierno, con la excepción, afirma Ortega, en esta primera etapa, -en clara consonancia con Azaña, pero señalando y a algún reparo importante- del partido socialista y el movimiento sindical: “únicas potencias de modernidad que existen hoy en la vida pública española, y con los cuales nos confundimos si no se limitaran, sobre todo el socialismo, a credos dogmáticos con todos los inconvenientes para la libertad que tiene una religión doctrinal”<sup>26</sup>. En 1907, en un artículo publicado en *El Imparcial*, todavía mantenía Ortega esperanzas en la renovación del partido liberal, aunque ya consideraba “que el liberalismo actual tiene que ser socialismo”<sup>27</sup>. En 1913, sin embargo, en un artículo publicado en *El País*, ya se manifestaba totalmente desencantado de la posibilidad de reforma del partido liberal y lo considera un obstáculo que ahoga el resurgir de la España nueva: “el partido liberal es la clave de esa España vieja que tiene aperecida contra nuestra España germinal un arma horrible: la inercia”<sup>28</sup>. Por último este mismo año<sup>29</sup> ve con esperanza la formación del Partido Reformista<sup>30</sup> que está en consonancia con muchas de sus propuestas desarrolladas en la “Liga de Educación Política”, de la que también participaba Azaña.

---

<sup>24</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: “Vieja y Nueva Política”, *ibíd.*, p. 278.

<sup>25</sup> *Ibíd.*, p. 286.

<sup>26</sup> *Ibíd.*, p. 277.

<sup>27</sup> “Reforma del carácter, no reforma de costumbres”, *O.C.* Vol. I, p. 21.

<sup>28</sup> “De un estorbo nacional”, en *O.C.*, Vol. X, Madrid, Alianza, 1983, p. 245.

<sup>29</sup> “Liga de Educación Política”, *O.C.*, Vol. X, p. 249.

<sup>30</sup> Años más tarde, en su *Diario*, 20 de Marzo de 1915, refleja Azaña una reunión plenaria de la junta nacional del Partido Reformista donde ya se advierten disensiones, por parte de Ortega, y de él mismo, con las líneas marcadas por Melquíades Álvarez respecto a la colaboración con otros partidos. Véase el siguiente párrafo ilustrativo: “Los *políticos* están en contra de Ortega. ¿Quién espera fundar nada por los *meetings* y conferencias? La gente no hace caso. Aparte de que esto se puede hacer siempre. Hoyos me dice que eso de Ortega estaría bien si todo fuera Madrid; pero que en las provincias la gente reformista recibe los *palos* de conservadores y liberales y no tiene donde cobijarse. Al final -como de costumbre- Melquíades interviene para obtener la opinión media dominante y consultarla. Opina que la discusión ha ido demasiado lejos; no se trata de sumarse a nadie; si el Partido Liberal realiza desde el Gobierno una política *progresiva* (¡Dios mío; cuanto tópico!), el reformismo le prestará un apoyo *desinteresado*”.

(*O.C.*, Vol. III, ed. cit. p. 818).

### 3. La crítica como patriotismo y la percepción de la decadencia

Tanto Ortega como Azaña van a coincidir en esa línea de criticismo español que desde Quevedo y Cadalso, pasando por Larra y el 98, considera un deber patriótico hacer patentes los males y los problemas de España. Ambos critican ese falso optimismo de buena parte de la España oficial que trataba de perpetuarse a través de una enseñanza reproductora de ideales deformados. Ello lo significa Azaña al señalar que de los estudios que se impartían en las escuelas y de la imagen que transmitía la historia oficialista se sacaba la conclusión de que España era un país inmejorable, fertilísimo en su suelo, valiente e invencible como demostraban Hernán Cortés y el Gran Capitán, esplendoroso en las Artes y las Letras, y además éramos el pueblo elegido por Dios para extender la religión verdadera. Pero la paradoja hispana, afirma Azaña, saltaba a la vista, pues, a pesar de estas condiciones que se presentaban tan felices, el pueblo español estaba hundido y desolado. Por otra parte, la causa de nuestros males nunca se aceptaba que estuviese dentro, sino que se desplazaba hacia el exterior. La culpa era de esas naciones envidiosas que desconocían nuestros méritos y se habían conjurado contra nosotros. Así, afirma, “se fueron formando generaciones y generaciones de gentes atónitas, sin esperanzas, sin rumbo, y por eso toda nuestra historia contemporánea ha sido una lucha incesante contra ese tradicionalismo analfabeto, el más cerrado, el más pétreo de cuantos movimientos regresivos han surgido en la historia”<sup>31</sup>. Esta falta de criticismo en la educación es, para Azaña, un mal gravísimo y casi imposible de remediar, porque después que se abandona el ambiente escolar hay pocas posibilidades para el estudio y, por tanto, para poder rectificar lo defectuosamente aprendido. En 1911, en su artículo “El templo de Minerva” se mostraba totalmente desencantado del sistema educativo español, pues a los “inútiles cursos de bachillerato” se unía una Universidad que parecía hecha “para adormecer las grandes cualidades y fomentar el contagio moral, la propagación de todos los gérmenes nocivos que incuba el alma... Dentro de ella los espíritus en formación reciben la oleada más mortífera del ambiente en que nos movemos”<sup>32</sup>. Y, en 1913, redacta una nota donde pretende describir el general ambiente cultural de la época: “el mejor medio de guardar un secreto en España es escribirlo en un libro”<sup>33</sup>.

Ortega, en esta etapa, coincide plenamente con esta visión de Azaña e incluso se muestra más explícito en sus ataques a lo que él llama un “patriotismo sin perspectivas”, anclado en una concepción cerrada y tradicionalista de España. Ya en 1910, en su conferencia titulada “La pedagogía social como programa político”, después de afirmarse en un pesimismo metódico, distingue dos tipos de patriotismos, el quietista y el dinámico y futurista que “debe ser crítica de la tierra de los padres y construcción de la tierra de los hijos”<sup>34</sup>. En 1911, en un artículo publicado en *El Imparcial* sobre

---

<sup>31</sup> AZAÑA, M.: *El problema español*, op. cit., p. 39.

<sup>32</sup> “El templo de Minerva”, (30-IX-1911), en *Obras Completas*, Vol. I., ed. cit. p. 87.

<sup>33</sup> “Notas Misceláneas”, (Madrid, 1913-1915), en *O.C.* Vol. III, ed. cit. p. 803.

<sup>34</sup> “La pedagogía social como programa político”, Vol. I, p. 506.

Joaquín Costa, manifestaba claramente cuál era su forma de entender el patriotismo, cuando afirma: “Con frecuencia se nos tacha de escaso patriotismo, como si mientras nos quejáramos y aciéramos en un lecho de rosas o se nos sorprendiera buscando a toda hora comodidad. Por mi parte, me hallo poco dispuesto a aceptar estas lecciones de necio patriotismo que suelen llegarnos de los corazones más frívolos. En la casa solariega tiene cada cual derecho a usar, como mejor le plazca, la herencia familiar: yo recibo esta herencia cambiada en amargura, y es la voluntad de mi patriotismo sentir a España como dolor y como desventura. Tápense, pues, los oídos quienes no gusten de escuchar lamentaciones y busquen, a su modo, otros métodos para salvar la vieja casa enferma. Siendo, para mí, la tradición española un grave dolor que me atormenta, yo no sé otro medio de salvar a España que librarme de ella; es decir, que España sea otra cosa de lo que fue y de lo que es: que no me duela”<sup>35</sup>. Posteriormente, en 1914, en *Meditaciones del Quijote*, dedica un capítulo al tema y considera la crítica que trasluce la situación real de España como la señal del verdadero patriotismo, tomando como paradigma a Cervantes. Por ello, afirma, que los que amen y crean verdaderamente en España como posibilidad no pueden permanecer atónitos y encerrados en los escombros del pasado, ni seguir las pautas del optimismo oficial que después de varios siglos de inequívoca decadencia nos proponen seguir todavía la tradición nacional. Es necesario, pues, va a concluir, “que nos libremos de la superstición del pasado, que no nos dejemos seducir por él como si España estuviese inscrita en su pretérito... Los que amen hoy las posibilidades españolas tienen que cantar a la inversa la leyenda de la historia de España”<sup>36</sup>.

Historia de España que tanto para Ortega como para Azaña es, desde hace mucho tiempo, la historia de una decadencia y que ya ambos perciben, en esta primera etapa, como un hecho patente. Según Azaña, desde el siglo XVI comienza a palidecer nuestra estrella con la Casa de Austria y la identificación de política, religión e intereses de familia. Señala como causa principal la peculiar trayectoria de aislamiento en que desde entonces se sumerge España con respecto a Europa, separándose de la corriente general del pensamiento europeo, que mientras nosotros permanecíamos ensimismados siguieron la senda del progreso: “durante nuestro sueño, las demás naciones han inventado una civilización, de la cual no participamos, cuyo rechazo sufrimos, y a la que hemos de incorporarnos o dejar de existir”<sup>37</sup>. Y más adelante refiriéndose a la situación actual añade que “sería un error creer que este apartamiento de la vida cultural de Europa ha cesado para España”<sup>38</sup>. Paradójicamente este divorcio de España y Europa se produce, según Azaña, en el siglo más español de la historia, el XVI, pero también el que nos hizo más odiosos por lo que supuso de prepotencia y privación de libertad. Compara nuestra civilización en aquel tiempo a un río muy caudaloso, pero

---

<sup>35</sup> “La herencia viva de Costa”, Vol. X, pp. 172-173.

<sup>36</sup> *Meditaciones del Quijote*, Vol. I. p. 363.

<sup>37</sup> AZAÑA, M.: *El problema español*, op. cit., p. 43.

<sup>38</sup> *Ibíd.*, p. 54.

de curso rápido y corto, mientras que el de Europa fue más sinuoso, pero engrosando constantemente su caudal. España se sume, pues, en una decadencia que comienza a ser evidente en lo militar, pero también en lo material y de ello es sintomático que la mitad de nuestra literatura esté dedicada a contar las penurias de los hambrientos; en lo filosófico, concluye Azaña, no estamos mejor, pues, aparte de Luis Vives, apenas encontramos otros autores que hayan influido significativamente en el pensamiento filosófico europeo: “Nuestros teólogos filosofaban para hacer una filosofía católica, retocando, ampliando o comentando la adaptación que en la Edad Media se había hecho de Aristóteles al dogma. Y esta labor, como todas las de su clase, se acaba en sí misma, no es progresiva... Hecha la explicación filosófica, se incorpora a la misma creencia religiosa y viene a ser tan intangible como la creencia. De donde nace la paralización y la muerte del libre espíritu de investigación”<sup>39</sup>.

Este punto de partida, el siglo XVI, y las causas generales de la decadencia son mantenidas por Azaña a lo largo de sus obras, sin grandes cambios sustanciales. Así, en *Apelación a la República*, en 1924, vuelve a insistir en estos análisis y añade -muy en la línea orteguiana- que la verdadera decadencia española, auspiciada por el absolutismo, consistió, no en la pérdida del Imperio colonial, sino en “el despilfarro y la pérdida de las energías vitales del país, de su riqueza interna, en la devastación del suelo, en el estrago de su inteligencia, en la miseria moral”<sup>40</sup>.

Ortega, en su concepción, coincide con Azaña en la raíz política y moral del problema de la decadencia, pero se muestra más dispar y oscilante en su toma de postura. En la primera etapa va perfilándose, en Ortega, la idea de una España invertebrada, donde ha faltado y falta una amplia minoría que impulse la vida política española. Para explicar el problema de la decadencia española, afirma, no debemos recurrir a causas exógenas o externas, ya que el mal está en el interior de la propia España, donde desde hace siglos se ha producido una inadecuada relación entre minoría y masa, entre gobernantes y gobernados. Así, ya en 1911, en un artículo publicado en *El Imparcial*, concluye: “la decadencia española es el resultado de la inadecuación entre la espontaneidad de la masa y la reflexión de la minoría gobernante”<sup>41</sup>. En cuanto al punto de inflexión en que puede situarse el comienzo de esta decadencia, sólo hemos encontrado, en el rastreo de sus escritos hasta 1914, una referencia clara en *Meditaciones del Quijote*, donde nos habla del “descarriamiento español” “desde hace tres siglos y medio”<sup>42</sup>. Posteriormente es notoria la evolución de Ortega, que él mismo admite y justifica cuando, en 1921, en *España invertebrada*, la obra que marca el distanciamiento con posiciones anteriores, afirma: “va para quince años, cuando yo comenzaba a meditar sobre estos asuntos, que intenté mostrar que la decadencia se extendía a toda la Edad Moderna de nuestra historia. Razones de método,

---

<sup>39</sup> *Ibid.*, pp. 50-51.

<sup>40</sup> AZAÑA, M.: *Apelación a la República*, Madrid, Col. Crisol, Serie especial, n.º 053, Aguilar, 1990, p. 105.

<sup>41</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: “Observaciones”, *O.C.*, Vol. I, p. 168.

<sup>42</sup> *Meditaciones del Quijote*, op. cit., p. 362.

que no es útil reiterar ahora, me aconsejaban limitar el problema a ese período, el mejor conocido de la historia europea, a fin de precisar más fácilmente el diagnóstico de nuestra debilidad<sup>43</sup>. En este libro es conocido que va a mantener la tesis de que España no sufre una decadencia, por ser en sí misma la historia de una decadencia: “la anormalidad ha sido lo normal”. Los visigodos ya llegaron degenerados y sin minoría selecta. Junto a los males superficiales (abusos políticos, formas de gobierno, fanatismo religioso, incultura) y los males profundos (fenómenos de disgregación: particularismo), está el mal radical de España: la rebelión sentimental de las masas y la ausencia o escasez de verdaderas minorías rectoras: “he ahí -concluye- la raíz verdadera del gran fracaso hispano<sup>44</sup>. Años más tarde, en *Idea de principio en Leibniz*, vuelve a mantener tesis más acordes con lo mantenido en su primera etapa, cuando defiende que los inicios de la decadencia española se producen entre 1600 y 1650 con la llamada “tíbetización” de España, es decir, la “radical hermetización hacia todo lo exterior<sup>45</sup>.”

#### 4. España como posibilidad

En principio hay un hecho positivo que conviene destacar y es que el criticismo y la percepción de la decadencia española, tanto en Ortega como en Azaña, no fue nunca estetizante, escapista, y ni mucho menos paralizante. Por el contrario, ambos terminan con propuestas de solución, diversas y utópicas en muchos casos, pero en las que se advierte siempre la necesidad de regenerar y modernizar España teniendo siempre a la vista un mismo horizonte: Europa.

Esta modernización de España mirando a Europa pasa, en Azaña, por un centro de interés primordial: la reconstrucción nacional desde la democracia, cuyo fundamento principal, ya en esta primera etapa, cifra en la libertad. Por ello, se pregunta, “¿Qué siniestra argucia es esa de declarar incompatible la libertad con el bien público? Todo lo contrario. El renacer de España es obra de la libertad<sup>46</sup>. Este afán por la libertad, junto a su nacionalismo y su concepción del Estado<sup>47</sup>, será una de las ideas vertebradoras del pensamiento de Azaña, de ahí que algún estudioso de su obra lo haya calificado como “un sectario de la libertad<sup>48</sup>. En esta primera etapa no aparece todavía una apuesta clara por la forma de gobierno que debe garantizar esta libertad:

---

<sup>43</sup> *España invertebrada*, en *Obras Completas*, Vol. III, Madrid, Alianza, 1987, (1.ª reimpresión), p. 118.

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 125.

<sup>45</sup> *La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva*, Vol. VIII, Madrid, Alianza, 1983, p. 356.

<sup>46</sup> AZAÑA, M.: *El problema español*, op. cit. p. 108.

<sup>47</sup> Sobre su visión del Estado como instrumento de reforma de la sociedad es aclaratorio el artículo de Manuel ARAGÓN: “Manuel Azaña: Pensador y Político”, en *Sistema*, n.º 129, Noviembre, 1995, pp. 95-106.

<sup>48</sup> ARAGÓN, M.: “Estudio preliminar” a la obra de M. Azaña: *La velada en Benicarló*, Madrid, Castalia, 1974, p. 19.

Monarquía parlamentaria o República. Mantiene un compromiso político con el Partido Reformista de Melquíades Álvarez, que pronto le va a producir frustración y desencanto por su incorporación al sistema de turno. Sabemos que, al igual que Ortega, las circunstancias políticas y la consecuente evolución ideológica les van a llevar a considerar que la Monarquía era un sistema cegado para el desarrollo de la democracia y la regeneración de España, considerando la República como la única salida posible. En estos primeros años su obsesión, pues, se centra en la consecución de una verdadera democracia como elemento fundamental de la regeneración nacional: “¿Democracia hemos dicho? Pues democracia. No caeremos en la ridícula aprensión de tenerle miedo: restaurémosla, o mejor, implantémosla”<sup>49</sup>. Esta democracia debe consolidarse a través de una serie de reformas fundamentales. Así, propone una transformación de nuestro régimen económico, tanto en la agricultura como en la industria, que evite los latifundios y los monopolios; un sistema tributario en el que pague más el que más tiene; una enseñanza fundada sobre bases rigurosamente científicas, que evite los prejuicios y los dogmatismos; tarea ésta que si bien es la más larga, también es, según Azaña, la más decisiva. Por último, como fuerza impulsora, un sentimiento de lo nacional que posibilite un propósito colectivo<sup>50</sup>. Años más tarde, en 1937, en *La velada en Benicarló*, reflexionaba sobre esto mismo y aclaraba perfectamente lo que entiende por nacional: “lo nacional es, en último extremo, un modo de ser. El cual se conoce, se nombra, se opone a otros modos, cuando a fuerza de tiempo, ciertos rasgos, que reaparecen invariables, prueban su permanencia típica”<sup>51</sup>. Sentimiento de lo nacional que en esta última etapa identifica ya, inexorablemente, con la República, verdadera expresión espontánea del ser del pueblo español, verdadero régimen nacional.

Por último, conviene destacar que el nacionalismo de Azaña no significa de ningún modo cerrar puertas -al estilo de algunos hombres del 98-, anclados en un “tradicionalismo sentimental”, sino que sólo cobra su verdadero sentido en la incorporación de España a la corriente general de la civilización europea: “El problema de España es doble. Por una parte tenemos ante nosotros todas las cuestiones de índole moral, intelectual y económica surgidas de la urdimbre de nuestra historia y que recibimos como un arrastre de cuentas pasadas; por otra hemos de afrontar las dificultades que las luchas económicas, morales e intelectuales características de la edad contemporánea han de suscitar al plantearse entre nosotros. De la fusión y compenetración de ambos elementos o causas de conflicto surge el problema español, peculiar, especialísimo, único. Este problema se formula en pocas palabras de este modo: ¿Podrá España incorporarse a la corriente general de la civilización europea? ¿Se podrá vivir aquí dentro de esas condiciones? La especialidad consiste en que ningún otro pueblo europeo se ha hecho pregunta semejante”<sup>52</sup>.

---

<sup>49</sup> *El problema español*, op. cit. p. 74.

<sup>50</sup> *Ibíd.*, pp. 75-85.

<sup>51</sup> *La velada en Benicarló*, ed. cit. p. 175.

<sup>52</sup> *El problema español*, op. cit. pp. 26-27.

La postura de Ortega viene también a incidir en la necesidad de superar esa visión de España que agoniza con la Restauración, para construir una España “vertebrada y en pie”. Un nuevo estilo de política que base sus argumentos en la eficiencia. La forma de gobierno óptima sería la que “hiciera posible estas dos cosas: democracia y España”<sup>53</sup>.

En esta primera etapa todavía confía Ortega -sabemos que posteriormente se decantó, como Azaña, por la República- en que la Monarquía pueda cambiar de rumbo y haga posible el aumento de la vitalidad nacional. Pero es una confianza limitada a su eficacia, pues, recurriendo a Renan, afirma que “una nación es un plebiscito de todos los días” y, por tanto, la Monarquía tendrá que demostrar día a día su legitimidad. No somos, pues, concluye, “monárquicos porque dejemos de ser republicanos; no somos, no podemos ser, no entendemos que se pueda ser definitivamente lo uno ni lo otro. En esta materia no es decorosa al siglo XX otra postura que la experimental”<sup>54</sup>.

Esta similitud inicial con Azaña, también va a manifestarse en la consideración de la necesidad urgente de un cambio radical desde la democracia: “las revoluciones no se hacen desde arriba; conviene que tampoco se hagan desde abajo. Sería preferible que se hicieran desde en medio, desde las elecciones”<sup>55</sup>. Para ello, afirma Ortega, será necesario preparar al pueblo realizando una labor de educación, no de imposición, que le permita tener una opinión fundada en la expresión de su voto, pues, “el pueblo no sabe lo que quiere; sabe a lo sumo lo que no quiere”<sup>56</sup>.

En la idea de pueblo si se percibe ya un fondo ideológico soterrado notoriamente diferencial con el pensamiento de Azaña y que, a la postre, quizás sea el nudo gordiano que marque el definitivo distanciamiento con Azaña y con la misma República a la que en principio Ortega apoyó. Esto es fruto, posiblemente, del origen y educación aristocrática de lo que quizás Ortega nunca consiguió liberarse. Ello se manifiesta, por ejemplo, cuando afirma que “el pueblo no piensa: aquella porción suya que podía servirle de cerebro es precisamente lo que llamamos *élite*, aristocracia, los pocos, y que con tanto cuidado solemos aislar frente a los muchos, al vulgo, al *demos*. La opinión pública es, en consecuencia, una mentirilla del viejo liberalismo, que será perdonada porque ha amado mucho”<sup>57</sup>. Y más adelante concluye que “como del pueblo tiene que salir todo, es menester que salga también lo que no es pueblo: los escogidos”<sup>58</sup>. Así, para Ortega, los escogidos -que no son pueblo- deben educar al pueblo y deben salir del pueblo. He aquí un círculo vicioso desde el que sería difícil la

---

<sup>53</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: “Vieja y Nueva Política”, *O.C.*, Vol. I, ed. cit., p. 306.

<sup>54</sup> *Ibíd.*, p. 290.

<sup>55</sup> “Disciplina, jefe, energía”, *El Imparcial*, 12 de Agosto de 1908, en *O.C.*, Vol. X, edic. cit., p. 72.

<sup>56</sup> “De re política”, *El Imparcial*, 31 de Julio de 1908, en *O.C.*, Vol. X, ed. cit. p. 65.

<sup>57</sup> *Ibíd.*, p. 64.

<sup>58</sup> *Ibíd.*, p. 65.

verdadera revolución democrática que tanto ansía Ortega. Y ello ocurre ya en una etapa en que se siente cercano a las ideas socialistas, lo que aumenta la contradicción.

Junto a esta pretensión de renovación democrática, la otra idea que pulula constantemente en el joven Ortega es el principio costista de que regeneración es inseparable de europeización. Por ello, si España es el problema, Europa será la solución. Sostiene que el pensamiento de Costa seguirá vivo mientras haya quien recoja su doble herencia: “el dolor de España, la idea de Europa”<sup>59</sup>.

La posibilidad de España es, pues, Europa. Idea que siempre se mantuvo constante en Ortega y que en esta primera etapa defiende, si cabe, con más ardor y le impele a entrar en la polémica con otros intelectuales. Así lo manifiesta en respuesta a Unamuno, donde deja claramente patente su postura: “El señor Unamuno me alude en esa carta: habla de “los papanatas” que están bajo la fascinación de *esos europeos*. Ahora bien, yo soy plenamente, íntegramente, uno de esos papanatas: apenas si he escrito, desde que escribo para el público, una sola cuartilla en que no aparezca con agresividad simbólica la palabra: Europa. En esta palabra comienzan y acaban para mí todos los dolores de España”<sup>60</sup>.

## 5. A modo de conclusión

En esta primera etapa la relación del pensamiento de Ortega y Azaña acerca del problema español es, por encima de las diferencias, de confluencia. Sabemos que posteriormente fueron abundantes las discrepancias, no tanto en el terreno personal como en el ideológico y político, que pueden significarse en las versiones opuestas sobre la manera de entender el nacionalismo español, la historia reciente de España y la concepción del Estado. Cuestiones que aparecen muy claras, por ejemplo, en los dos discursos pronunciados ante las Cortes de la Segunda República por Azaña y Ortega durante las sesiones dedicadas a debatir el Estatuto de Cataluña en la primavera de 1932. Pero de ello no puede concluirse, como recientemente ha hecho Julián Marías, que Azaña fuera una de los intelectuales más disgregador: “Una de las figuras más positivas y menos disgregadoras de la época era Marañón; en el otro extremo se puede poner a Azaña, que habla y escribe -a veces con gran extensión- sobre figuras a las que disminuye, desdeña o aborrece. Es sorprendente cómo se ocupa largamente de Ganivet, con una actitud enteramente negativa; cómo habla con desdén e irritación de la generación del 98...; y por supuesto, de modo que a veces cuesta trabajo creer, de Ortega”<sup>61</sup>. Por supuesto, esta apreciación de Marías debe ser matizada con la consideración de que las críticas fueron mutuas, y lo peor es que fueron muy

---

<sup>59</sup> “La herencia viva de Costa”, *O.C.*, Vol. X, ed. cit, p. 174.

<sup>60</sup> “Unamuno y Europa, Fábula”, *El Imparcial*, 27 de Septiembre de 1909, en *O.C.*, Vol. I, ed. cit. p. 128.

<sup>61</sup> MARIAS, J.: *España ante la historia y ante sí misma (1898-1936)*, Madrid, Col. Austral, Espasa-Calpe, 1996, p. 80-81.

comunes entre nuestros intelectuales de la época, a veces no ya por diferencias ideológicas, envidias o rivalidades, sino por pura frivolidad y de cara al público. Ello si puede llevar a preguntarnos si esta tendencia muy común en la “manera de ser española” no llevó a un debilitamiento de la eficacia con que nuestros intelectuales hubieran podido contribuir en la armonización de la vida española. Algo así se planteaba nuestro filósofo, Eduardo Nicol, cuando hablaba de la insatisfacción que nos embarga “cuando advertimos lo que hubiera podido ser y no fue. Porque las condiciones de la situación eran propicias para un género de reformas e innovaciones que no se llevaron a cabo, y para las cuales la capacidad de los pensadores mismos no constituía obstáculo. Esta capacidad llegó en algunos a nivel genial, y es justo la altura de este nivel lo que nos hace sentirnos más defraudados. En todo caso, si nuestra crítica de hoy responde a una impaciencia; si tal vez no debiéramos en justicia reclamar de esos pensadores lo que su temperamento no les permitía hacer, hemos de esforzarnos de todos modos para que esto sea posible en nuestra época, y no veo de qué manera pueda lograrse esto sin señalar las deficiencias de la época anterior”<sup>62</sup>. Y termina, Nicol, preguntándose si fue realmente concertante la filosofía española hasta 1936, si dio buena guía vital, si contribuyó a la reforma del *ethos* nacional, concluyendo que las dudas son suficientes para invitar a la reflexión, pues “la prueba está en los hechos: no se pudo evitar la terrible prueba del fuego que fue la tragedia de 1936; pero ¿quienes pudieron, de un lado y del otro, durante la tragedia y después de ella, evocar *en común* una filosofía española que tuviese ejemplaridad moderadora; que permaneciese en lo alto, como un vínculo posible; que lograrse humanizar la lucha, por respeto de cada uno a su misma dignidad; que atenuase las consecuencias de la victoria, fuese cual fuese el bando que la alcanzara?”<sup>63</sup>. Por último, no podemos concluir sin señalar que si la pregunta se traslada al llamado “problema español”, el carácter concertante, en las respuestas de nuestros filósofos e intelectuales, se hace todavía más problemático y discutible. Ello incita, en la actual situación española, donde todavía sigue trepando el pesimismo por el esqueleto de la identidad española, a tener en cuenta sus aportaciones valiosas, pero también sus insuficiencias para no ahondar, como decía Nicol, en los mismos errores y permanecer anclados en la inseguridad<sup>64</sup>.

---

<sup>62</sup> NICOL, E.: *El problema de la filosofía hispánica*, Madrid, Tecnos, 1961, pp. 120-121.

<sup>63</sup> *Ibid.*, p. 124-125.

<sup>64</sup> Recientemente el profesor Ciriaco Morón afirmaba: “Lo que todavía no hemos superado, a mi parecer, en todo el siglo XX es la sensación de inseguridad cultural. De alguna manera, los españoles ignoramos nuestro puesto en el mundo porque desconocemos nuestra propia historia”.

(MORÓN ARROYO, C.: *El “alma española”. Cien años de inseguridad*. Oviedo, Ediciones Novel, Colección Jovellanos de Ensayo, n.º 10, 1996, p. 7)